

Críticas y Reseñas Bibliográficas

I

DR. RODOLFO OROZ

Historia del nombre de "Madrid", por Jaime Oliver Asín. C.S.I.C., Inst. Miguel Asín, Madrid, 1959. 412 págs. + 32 láminas

Este magnífico estudio, que obtuvo el Premio "Francisco Franco" de 1952, viene a descifrar definitivamente el enigma que constituía hasta ahora el origen y la significación del nombre de la capital de España. Para descorrer el velo de este misterio, Jaime Oliver Asín no sólo ha tenido que recurrir a toda su habilidad de avezado filólogo, sino que ha tenido que emprender también numerosas investigaciones colaterales de orden muy diverso y de gran complejidad, como las que se relacionan con la arqueología y con la historia de la España musulmana, del urbanismo, de las instituciones y, de un modo particular, de la hidráulica.

La obra de Oliver es la historia de las *majras* de *Majrit*, las que dieron el nombre a la capital; es una historia extraña que explica la particularísima traza de la gran ciudad.

Divide el autor su obra en cuatro capítulos con un breve preámbulo y un extenso epílogo así como cuatro apéndices. Los temas de la parte principal son los siguientes: Cap. I: El nombre del Madrid premusulmán; Cap. II: El nombre del Madrid musulmán; Cap. III: *Majrit*, plaza fuerte y agrícola, "armada sobre agua"; Cap. IV: El nombre moderno de la villa.

El epílogo contiene un claro e instructivo resumen de este interesantísimo estudio que describe las cuatro grandes etapas de la historia de la villa. Expondremos brevemente los puntos esenciales.

Madrid apareció, en época premusulmana, como una pequeña aldea, cuyo nombre ha sido el latín *Matrice* en el sentido de "cauce" con evidente alusión a lo que fué la base de este poblado. Pues nació Madrid alrededor de un cauce principal, de un arroyo *madriz* (págs. 198-201).

Bajo la dominación musulmana, esa insignificante aldea de gentes dedicadas a la caza y al pastoreo, llegó a transformarse en una importan-

te población militar y agrícola. La aldea se convirtió en ciudad sobre todo gracias a la genial solución que los árabes dieron al grave problema del agua. Mediante un maravilloso "sistema oriental de captación, conducción y distribución de aguas subálveas, a base de pozos en línea, unidos por galerías o minas con infinitas derivaciones" (págs. 203-204), los árabes dotaron a esa aldea de la árida altiplanicie de agua en abundancia, creando así una base segura para el futuro desarrollo de la villa.

En la época musulmana, la población de Madrid se componía de mozárabes que hablaban el romance y de musulmanes que hablaban el árabe. Los primeros usaban el nombre latino o romance de la villa, o sea *Matrice*, pronunciado aproximadamente *Matrich* (Matrj), pero los musulmanes lo traducían al árabe por *majra* que significa "arroyo o canal madríz".

Sin embargo, tanto los mozárabes como los árabes, pronto modificaron algo estos nombres. Los primeros lo cambiaron en *Matr-it* y los árabes en *Majr-it*, agregando el sufijo *it* del lat. *etum*, sufijo abundancial muy frecuente en topónimos (cp. *Robledo* < roboretum, etc.).

El señor Oliver cree que el cambio de la *e* en *i* (*etum* > *it*) puede considerarse como un caso de inflexión del tipo *a, e* > *i*, del árabe vulgar. Así, por ejemplo, el sufijo del árabe clásico *at* se pronunciaba *it* (por imala). De este modo, el mozárabe *Matrit* (o *Madrit*) sería el resultado de *matri(c)e* + *it* (> *etum*) = "lugar de canales de agua subálvea"; y el árabe vulgar español *Majrit* provendría de *majra* + *it* (> *etum*) = "lugar abundante de mayras" o "viajes de agua" (págs. 369 y sigs.).

El Madrid cristiano medieval adquirió cada vez mayor importancia como plaza fortificada de la frontera y como centro de riqueza agrícola, sobre todo debido a su admirable sistema de abastecimiento de aguas.

Ahora, respecto de los dos topónimos que durante esa época entraron en competencia, el mozárabe *Matrit* (*Madrit*), una vez reconquistada la villa, logra, por último, desplazar al nombre *Majrit*, usado principalmente por los musulmanes.

Al trasladar finalmente Felipe II la corte a Ma-

drid, el monarca demostró mucha prudencia; eligió un lugar que tenía mejores condiciones topográficas que Toledo, principalmente con respecto a recursos hidráulicos.

El antiguo sistema árabe de captación del agua subterránea determinó el futuro desarrollo urbano de la villa, porque Madrid creció sólo por uno de los costados de la primitiva aldea, es decir, sobre el único sector minado de su área, el que poseía suficiente suministro de agua, apartándose, por eso, constantemente del río Manzanares.

De este modo, dice con razón Oliver Asín, "la historia de Madrid y la historia de su nombre son las dos una misma historia, puesto que la historia de la villa es siempre la historia de su *almatriche* o de su *mayra*, es decir, de su sistema árabe de abastecimiento de aguas" (pág. 212). Y termina su hermoso trabajo declarando: "Hoy puede proclamarse, sin miedo a error, que "Madrid" o Mayrit es un híbrido nombre mozárabe o hispanoárabe que significa sencilla e indiscutiblemente, "lugar donde abundan las *mayras*", o sea ciertos canales subterráneos propios de una técnica hidráulica oriental, cuya adopción por los mayritíes y cuya singular conservación por los madrileños determinó siempre la historia peregrina de nuestra capital" (págs. 376-377).

La obra del profesor Oliver Asín no sólo aclara el origen y significado del nombre de la capital de España, sino que pone también en evidencia el influjo árabe y mozárabe de la terminología de la hidráulica oriental en el vocabulario y en la toponimia de Madrid.

Como queda dicho, acompañan el cuerpo principalmente tal de la obra cuatro densos estudios, en forma de apéndices, relativos al ambiente cultural y militar del Madrid musulmán, a la leyenda del "Primer recinto" fuerte de Madrid, al sistema árabe de captación de aguas subterráneas y a la explicación etimológica de "Madrid".

Completan luego este excelente trabajo 32 ilustraciones (fotografías, planos y dibujos) que ponen de manifiesto la relación que hay entre la estructura urbana de la villa y su instalación hidráulica, ofreciendo algunas de estas láminas las características esenciales de los pozos que se unen por una galería subterránea (*Mayra* o "viaje") y los diversos tipos de estas últimas.

Lamentamos no poder entrar, por ahora, en un análisis más detallado de esta historia de Madrid, curiosísima biografía de una ciudad que nos brinda con verdadera devoción el profesor Oliver Asín y que será recibida, sin duda alguna, con sumo interés por todos los que se han ocupado del intrincado problema relativo al origen del nombre "Madrid".

2

DANILO SALCEDO VODNIZZA

The Criminal Area: a Study in Social Ecology, por Terrence Morris, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1957, 202 páginas

Aún cuando han transcurrido casi cuatro años desde que se editó el trabajo de Terrence Morris —profesor auxiliar de Sociología de la Escuela de Economía de Londres— no ha perdido su actualidad debido a los temas que en él se abordan, especialmente aquellos que dicen relación con la metodología para estudiar algunos aspectos de la criminalidad.

Si se esquematizara la obra en referencia, resultaría que el autor se dedica a tratar principalmente cuatro materias bien diferenciadas, pero entrelazadas con habilidad en el texto: ofrece una visión histórica del desarrollo de la ecología humana o social; realiza una exposición de las limitaciones y méritos de la interpretación ecológica del crimen y de la delincuencia juvenil; presenta los resultados de una investigación ecológica sobre crimen que el autor efectuó en Croydon y, finalmente, nos entrega algunas consideraciones relativas a política social, con el objeto de prevenir la conducta criminal.

Los estudios de criminalidad con un enfoque ecológico no son muy recientes, pues en Europa a comienzos del siglo XIX, se producen algunos trabajos que merecen admiración por la acuciosidad y presentación de los datos. Así por ejemplo, el galo A. M. Guerry publicó en 1833 su *Essai sur la Statistique Morale de la France*, el cual es un magnífico esfuerzo estadístico para precisar la criminalidad con respecto a regiones geográficas, tipos de delito, etc. Las informaciones sobre conducta antisocial vinculada con numerosos factores y características durante la época Victoriana, fueron recogidos y analizados por Henry Mayhew, quien las publicó en 1867 en su libro *London Labour and the London poor*; Mayhew le dió mayor realce a su tarea de compilar datos, con el aporte de muchos antecedentes que recogió empleando el método de la entrevista.

Con las formulaciones conceptuales e investigaciones que efectuó Robert E. Park, profesor de la Universidad de Chicago, se podría considerar que la ecología social surge con las características de una disciplina. Park contribuyó a formar un selecto grupo de investigadores que se dedicaron por largos años de enriquecer la ecología social con fundamentales esquemas teóricos y metodológicos;

entre ellos se deben destacar a Nels Andersen, Louis Wirth, Clifford Shaw, y otros.

Par y sus continuadores llevaron a efecto numerosos estudios en el área de Chicago, la que a la sazón brindaba muchas oportunidades, debido a los agudos problemas de criminalidad que allí se produjeron, como consecuencia de la tristemente recordada época de la prohibición, y también por las condiciones críticas que atravesaba la sociedad norteamericana de esos tiempos.

El centro metropolitano de Chicago se convirtió en un verdadero laboratorio de investigación, en lo que a hechos antisociales se refiere; son numerosos los estudios que se realizaron, muchos de los cuales se esforzaron por precisar los conceptos básicos de la ecología social, tales como los de áreas naturales, comunicación, sociedad, comunidad, adaptación, etc. Tal vez el más importante de todos haya sido el de Clifford Shaw que vio la luz en 1929, *Delinquency Areas: a study of the geographic distribution of school truants, juvenile delinquents and adults offender in Chicago*; en este trabajo se establecen algunos criterios y conceptos que serán utilizados en investigaciones posteriores.

Clifford Shaw fué el primero que utilizó el término "área de delincuencia", para describir aquellas partes de la ciudad que parecen producir criminales y delincuentes con la misma facilidad que ellas producen casos de miseria, enfermedad, etc. En su comentario Morris deja muy en claro que este útil concepto de análisis ecológico no hay que referirlo solamente al área donde viven los delincuentes, sino que es indispensable distinguir también áreas de delincuencia donde se cometen actos delictuosos; en síntesis, es de vital importancia ecológica distinguir dos tipos de áreas de delincuencia: la del hecho criminal y la de residencia del criminal.

Otro aspecto que merece la atención de Morris es el de la forma de calcular "la tasa de criminalidad", la cual se acostumbraba a definirla como la proporción entre el número de delincuentes y el total de la población. Para un análisis, es de gran valor obtener las tasas de delincuencia con relación a los grupos de edades en que se divide la población, ya que una tasa para la población total puede estar encubriendo importantes variaciones que ofrecen los distintos grupos de edades. Otra consideración que merece ser destacada en esta reseña es que en la obra de Morris se plantea muy claramente el problema de lo que es "crimen" y "delincuencia", conceptos que tienen gran influencia en cualquier investigación criminológica, porque de la manera como ellos sean definidos dependerán los resultados que se obtengan. A raíz del interés que se está despertando en nuestro país por un implícito enfoque ecológico de la criminalidad, estimamos oportuno destacar que la

delimitación de áreas de delincuencia no obedece a un determinismo geográfico, pues el mismo Shaw afirmaba "que la delincuencia no es causada por el simple hecho de la ubicación o localización...", sino que la conducta criminal "tiende a ocurrir en una característica clase de área". En otras palabras, la ecología social contribuye a puntualizar, en una primera etapa, la distribución de la criminalidad con relación a la configuración ambiental en que tal fenómeno se produce, y tratando de establecer generalizaciones válidas con respecto a las áreas naturales. Correspondería a la sociología, a nuestro juicio, investigar la dinámica de la delincuencia dentro de las áreas ecológicas precisadas como esquemas de referencias por la ecología social.

Aparte de las consideraciones conceptuales y metodológicas, las que constituyen el aporte más substancial del libro que comentamos, Morris nos vincula con el estudio que efectuó en la ciudad de Croydon, que es en realidad un suburbio de Londres con una población de 200.000 habitantes. El objetivo principal de la investigación fué determinar si había relación significativa entre las pautas de crimen y las características ecológicas de la ciudad, como asimismo, obtener antecedentes sobre la conducta criminal de la clase media. El análisis de los datos se efectúa con especial referencia a clase social, porque el autor comparte el hecho ampliamente aceptado que la pertenencia a una determinada clase social reviste algún grado de influencia en las actitudes y otras formas de conducta de los individuos que son miembros de ella; las normas y valores que caracterizan a una clase deben ser observadas de alguna manera por los componentes de dicha agrupación social. Este enfoque clasista permite a Morris hacer una de las afirmaciones más peliagudas de su libro, y la cual nos parece de interés dejar puntualizada. A base de las informaciones obtenidas en Croydon, el autor sostiene que "el crimen y la delincuencia son fenómenos casi exclusivamente proletarios". Como es fácil de comprender, tal aseveración sin las necesarias cualificaciones, podría originar una enconada controversia, principalmente entre aquellos que difieren con respecto a las virtudes o defectos del proletariado.

Es indiscutible que una conclusión como la expresada por Morris deja planteada numerosas preguntas, las que deben ser respondidas en forma adecuada por el científico social, porque de lo contrario se tendría derecho a pensar que aseveraciones de tal naturaleza son equivocadas u obedecen a una posición ideológica determinada. Esta observación es válida aunque el investigador social exhiba nutridos datos que respalden su afirmación; se requiere, algunas veces, saber cómo y con qué criterios fueron utilizados esos datos; o en

otras ocasiones, se hace indispensable dejar en claro que el investigador ha estado utilizando una definición amplia o parcial del fenómeno que estudia. Una de las preguntas más pertinentes con respecto a la afirmación de Morris sería: ¿si la delincuencia es un fenómeno de carácter proletario, por qué no todos los niños de la clase obrera son delinquentes? El autor trata de ponerse a cubierto frente a esta interrogante argumentando la tensión (stress) diferenciada que existe entre las distintas familias y personalidades, en relación a las circunstancias en que ellas se desenvuelven. En esa tarea Morris no logra convencer al lector y, por lo consiguiente, su afirmación original se vuelve un tanto débil.

En términos generales, nosotros compartimos el reconocimiento que hace Morris, en el sentido que en última instancia la delincuencia es un producto o consecuencia de desajustes del sistema social; por lo tanto, estos desajustes podrían tener una mayor influencia negativa en la conducta de los individuos que pertenecen a sectores humanos determinados; pero se hace necesario agregar que en cada uno de esos sectores podría tener lugar formas diferenciadas de manifestaciones antisociales.

Una de las más urgentes demandas que enfrenta el científico social de nuestros días, es la exigencia de pronunciarse acerca de las formas en que es posible prevenir la conducta criminal. Nuestro autor señala que en Inglaterra ha habido una seria preocupación por evitar los hechos criminales de tipo siquiátrico, es decir, los provocados por desajustes emocionales; pero, no ha existido una política apropiada para detener el crimen que tiene un origen social, que es aquel producido por los desajustes que hacíamos referencia más arriba. La prevención del crimen de origen social supone cambios en la cultura dominante, "la que tiende a perpetuar las llamadas tendencias asociales en los individuos". Morris es partidario de que la cultura debe ser cambiada, de tal manera que la primera línea de defensa contra el desarrollo de la conducta antisocial esté dentro de la familia; y en segundo término, se hace indispensable crear las condiciones de protección dentro de la comunidad local. Estos mecanismos de defensa sólo pueden crearse al ponerse en marcha un profundo proceso de reeducación tendiente a cambiar algunos de los valores tradicionales sustentados por el sistema social.

Lo que hemos expresado pretende dar una idea más o menos general sobre los problemas discutidos en el libro, el cual contribuye —ciertamente— a enriquecer la literatura de real valor criminológico, y sobre todo, sirve para inquietarnos aún más con respecto a esos complejos fenómenos que continúan siendo los actos delictuosos y la conducta antisocial.

3

NELSON CARTAGENA RONDANELLI

Catálogo de las lenguas de América del Sur. Enumeración con indicaciones tipológicas, bibliografía y mapas, por Antonio Tovar. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1961, 406 págs.

Uno de los rasgos característicos de la época actual es la reclamación urgente de grandes sectores del mundo que todavía no se integran de modo definitivo, desde el punto de vista político, social, económico y cultural, a lo que podría denominarse "la gran civilización". El continente sudamericano es uno de ellos, pues pese a sus enormes posibilidades territoriales, demográficas y culturales, ha permanecido hasta ahora en el umbral de las realizaciones históricas. Y esto no obedece a ningún tipo de casualidad; la tradición se forja a través del descubrimiento progresivo de las potencialidades de un grupo humano. Es claro que ello supone esfuerzo e idoneidad, requerimiento que en diversas esferas del saber ha superado las buenas intenciones de muchos. Así ha sucedido en el campo de nuestra lingüística indígena, de tan fundamental importancia para el conocimiento cabal del instrumento con que el hombre americano organiza su mundo sensorial e interior, el lenguaje.

Los principales estudios de conjunto sobre las lenguas aborígenes de Sudamérica se debían a Lorenzo Hervás y Panduro, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX; a Cipriano Muñoz y Manzano, conde de la Viñaza, a fines del siglo XIX, y a Daniel Brinton, Paul Rivet, Cestmir Loukotka, Wilhelm Schmidt, J. Jijón y Caamaño y John Alden Mason, cuyos trabajos se ubican a lo largo del presente siglo. Pero, pese al valor ya clásico de esas obras y a su inmenso significado en el estudio del tema, adolecen en general de un defecto serio: la no consideración de los métodos modernos de descripción lingüística, que aseguran resultados de mayor coherencia y validez científicas.

El ilustre lingüista español, Dr. Antonio Tovar, ex rector de la Universidad de Salamanca y actual catedrático de la Universidad de Illinois, en Estados Unidos, nos entrega ahora un libro destinado a constituirse en una obra clásica para el estudioso del tema y a marcar una etapa en la lingüística indígena sudamericana. Detallaremos su contenido a fin de explicitar su valor.

En 'primer término, conviene advertir que para los efectos de su trabajo, el autor llama América del Sur, "como ya va siendo uso general, no sólo al continente al sur del istmo de Panamá, sino

también a la parte de América Central en que terminan, y no de modo tajante, las familias azteca y maya, y que puede delimitarse siguiendo la frontera entre las actuales repúblicas de Guatemala y El Salvador y Honduras. Todas las Antillas quedan también atribuidas a la América del Sur. Los etnólogos y lingüistas han considerado con razón que no se puede dejar sin incluir toda esa parte de Mesoamérica en la que ciertos grupos lingüísticos, ampliamente extendidos en América del Sur, son los más difundidos e importantes" (págs. 8 y sigts.).

Podría pensarse que una vez determinado el ámbito geográfico, el problema se reduce a un registro mecánico de las variedades lingüísticas existentes en los diversos niveles regionales. Pero ello es ilusorio, debido a dos razones: 1) el criterio geográfico no siempre posee valor lingüístico, y 2) el libro también pretende dar cuenta de las lenguas ya extintas. Comprendemos entonces que la obra representa un magno esfuerzo de sistematizar y de exponer ordenadamente, con el auxilio de los métodos modernos de investigación, el profuso material bibliográfico que viene desde la Colonia hasta nuestros días. Y si bien el autor lo ha logrado en gran parte, no ha podido resolver todos los complejos problemas derivados de una tal situación. Desde luego, hay "nombres de grupos y tribus, dialectos y variedades que seguramente no han existido nunca. El problema de las sinonimias es también abrumador" (pág. 9). A este respecto, el autor registra toda la terminología que ofrecen las fuentes más seguras, sin que le sea posible separar los aportes etnológicos de los lingüísticos, justamente por la insuficiencia de los últimos. La virginidad científica de esta problemática y el magnífico esfuerzo del maestro hispano pueden palpárse con nitidez cuando se desea establecer un dato aparentemente tan simple como el número de lenguas estudiadas. La clasificación del Dr. Tovar considera 23 grandes grupos, de los cuales 9 se establecen con criterio lingüístico (Araucano, Aimará, Quechua, Pano, Tupí-Guaraní, Arawak, Caribe, Yunga-Puruhá y Chibcha), en tanto que los 14 restantes sólo constituyen enumeraciones determinadas por orden regional o geográfico. "Si dijéramos que los 23 apartados comprenden unas 170 agrupaciones de lenguas y dialectos y el índice (1) unos 2.000 nombres que consideramos como no sinónimos (2), tendríamos unos números para calcular lenguas y dialectos" (pág. 10) (3).

Con la ayuda de la clasificación referida, el lector podrá encontrar, basado en cualquiera referencia terminológica, una descripción sucinta y completa de la lengua o dialecto que le interese, en su aspecto fónico, fonológico, morfológico, sintáctico y léxico. Si alguno de estos rasgos no se consignan, puede estar seguro de que la investigación lingüística aún no los ha abordado, o bien, de que son irrelevantes desde el punto de vista de un recuento descriptivo.

Se incluye también un capítulo sobre el español y el portugués en América del Sur, cuyo valor reside principalmente en la orientación histórica y bibliográfica sobre el problema.

Además, el autor se ha preocupado de establecer el bosquejo de una tipología de las lenguas sudamericanas. A este respecto, distingue cuatro grupos lingüísticos que afectan a determinadas zonas geográficas. Creemos notar en su determinación restos del antiguo esquema de Schleicher acerca de las lenguas monosilábicas, aglutinantes y flexivas.

Merece una mención muy especial la extensa recopilación bibliográfica que se incluye en las págs. 203-370. El mismo autor apunta: "he intentado... hacer una bibliografía lo más completa posible. Supera las hasta ahora reunidas, y aunque es susceptible de ampliarse, me atrevo a decir que es la más completa" (pág. 11). Suscribimos plenamente este juicio y por ello nos es muy grato ofrecer un modesto aporte bibliográfico sobre la lengua araucana que, por razones muy explicable, allí se omite:

1) *Augusta*, fray José Félix de, *¿Cómo se llaman los araucanos?* Valdivia, Imprenta San Francisco, 1907, 40 págs.

2) *Barriga*, José Miguel, *Origen de la lengua Araucana*. Publicaciones del Congreso Científico Panamericano (25-XII-1908 al 5-I-1909), vol. XI, págs. 405-445.

3) *Cañas* Pinochet, Alejandro, *La poesía en los principales pueblos aborígenes de América*. Santiago de Chile, Imp. y Enc. Universitaria, 1908, 82 págs.

4) *Cañas*, Pinochet, Alejandro (4), *La Geografía de la Tierra del Fuego*. Cap. XII en el volumen XI de las publicaciones motivadas por el Cuarto Congreso Científico realizado en Santiago de Chile entre el 25 de diciembre de 1908 y el 5 de enero de 1909, págs. 331-404.

5) *Englert*, Sebastián, *Araucano y Rapa-Nui*, en *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación*,

(1) Se refiere al índice alfabético de lenguas, dialectos y tribus que el autor incluye en las págs. 375-406.

(2) El total de nombres es de 2.316.

(3) Véase también el mapa VI, frente a la pág. 192, donde se apuntan 204 lenguas.

(4) En rigor, este trabajo no es de índole lingüística y tampoco contiene referencias a la lengua araucana. No obstante, lo incluimos porque allí se pueden encontrar numerosos datos sobre las lenguas ona, yahagán y anacalufe, cuyo estudio ha sido muy poco cultivado en nuestro medio.

Sección Filología, Santiago de Chile, tomo I (1935-36), Cdn. 1, págs. 28-35.

6) *Englert*, Sebastián, *Del Folklore araucano. Relación de un ardid de guerra* en Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección Filología, tomo II (1937-38), Cdn. 1, págs. 18-22.

7) *Erize*, Esteban, *Diccionario Comentado Mapuche-Español, Araucano, Pehuenche, Pampa, Picunche, Rancülche, Huilliche*, Cuadernos del Sur, Instituto de Humanidades. Universidad Nacional del Sur, Buenos Aires, 1960.

8) *Gucvara*, Tomás, *Historia de la Civilización Araucana*, Cap. V en Anales de la Universidad de Chile, T. CIII, sem. 1.º, 1899, págs. 499-560.

9) *Lenz*, Rodolfo, *De la Literatura Araucana*, Discurso leído en la sesión pública de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, el 1.º de octubre de 1897. Chillán, Imp. y Enc. Librería Americana de Carlos F. López S., 1897 (Public. en la "Revista del Sur", año I, número 7). Folleto, sep., 44 págs.

10) *Lenz*, Rodolfo, *Phonétique indienne* (Sur le système des sons en général et Sur la phonétique de l'aimará, du kheshua et du mapuche). Sin título especial. "Avis de nos conseillers" (Réponse á une circulaire de l'Association Phonétique Internationale) en "Le Maître Phonétique". Juillet-Aôut, 1911, page 125-127.

11) *Manquilef*, Manuel, *Comentarios del pueblo Araucano*, Anales de la Universidad de Chile, marzo-abril 1911, págs. 393-450; marzo-abril 1914, págs. 239-301; mayo-junio 1914, págs. 801-883, con notas y un prefacio acerca del arte de la traducción de Rodolfo Lenz.

12) *Oroz*, Rodolfo, *Notas a "Hispanismos en el Mapuche"* en Boletín de Filología de la Universidad de Chile, tomo V, págs. 133-135.

13) *Rabanales*, Ambrosio, *Observaciones a "Hispanismos en el mapuche"* en Boletín de Filología de la Universidad de Chile, tomo VII, 1952-1953, págs. 133-151.

14) *Raguilco*, Anselmo, *Los nombres de parentesco en la familia mapuche*, en Boletín de Filología de la Universidad de Chile, tomo VII, 1952-1953, págs. 343-359.

15) *Schuller*, Rodolfo, *Confesionario por preguntas y pláticas doctrinales en Castellano y Araucano...*, Santiago de Chile, F. Becerra M., editor, 1907.

Y por último, queremos destacar que la obra del Dr. Tovar es una formidable llamada de atención hacia nuestras preocupaciones americanistas. Ojalá todos los organismos ejecutivos pertinentes pudiesen entender que "faltan centros de estudio, una revista especializada, una escuela de investigadores con orientaciones homogéneas. La etapa de acarreo de materiales antiguos ha sido en muchos territorios apenas superada. En el mejor de los ca-

sos tenemos listas de palabras reunidas por etnólogos. Las descripciones modernas lingüísticas faltan por completo... (es necesario) crear el plano de conocimiento objetivo que hoy falta. La etnología, la arqueología y prehistoria, la antropología, la historia misma, de nuestro continente, recibirán sin duda desde él nueva luz" (pág. 8).

4

MANFREDO KEMPF MERCADO

Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente, Jorge Millas, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1960, 268 págs.

La ensayística moderna —desde Montaigne y Bacon, hacia fines del siglo XVI— ha logrado un desarrollo singular en España e Hispanoamérica, sobre todo a partir de la segunda mitad de la centuria pasada. Los nombres de Ganivet, Uñamuno, Azorín, Ortega y Gasset, Marañón, d'Ors, para recordar sólo a los principales, pronto encontraron eco en este costado del mundo de habla española. En 1900 —año de la aparición del *Ariel* de Rodó— marca una fecha que puede resultar ajustada históricamente, siempre que no olvidemos los antecedentes en Hostos, Sarmiento y Montalvo. Este medio siglo ha sido testigo de toda una brillante pléyade que encontró en el ensayo su mejor medio de expresión: Henríquez Ureña, Mariátegui, Vasconcelos, Reyes, Arciniegas, Picón Salas, etc. Conviene tal vez subrayar que fué una problemática bien acotada la que ha servido de *leit motiv* a estos pensadores, aunque no por acotada menos valiosa: la problemática sobre lo americano. Finos conocedores de la historia espiritual del continente, cultivaron el ensayo como medio para interpretar la abigarrada realidad de nuestros países.

El profesor Millas, que reúne las condiciones de pensador y estilista, se ha aventurado deliberadamente en el campo del ensayo, pues emplea el sustantivo en el título general de los trabajos agrupados en el volumen que nos ocupa. Su origen —nos informamos— es el de unas lecciones dictadas en la Universidad de Puerto Rico hace ya una docena de años, pero de las cuales sólo ha recogido el espíritu. En otras palabras, el profesor Millas ha transformado un curso sobre Historia de la Cultura Occidental —curso expositivo e interpretativo— en unos ensayos.

La empresa es de las de gran monta. Discurrir sobre Grecia, Roma, el Cristianismo, la Edad Media, en términos ensayísticos, es cuestión peraltada. Dista una enormidad entre la labor del profesor que prepara sus clases valiéndose del material que suministra una biblioteca especializada, y el ensayista que, habiendo ya digerido ese material hasta convertirlo en una segunda naturaleza, al-

canza la conciencia que le permitirá discurrir con familiaridad e independencia sobre el mismo.

No hemos de entrar a discutir si Millas ha logrado con éxito la transmutación de sus cursos en ensayos. Para ello necesitaríamos previamente ponernos de acuerdo sobre la concepción formal del género ensayístico, corriendo, por lo demás, el riesgo de caer en una *disputatio de nomine*. Más importante es, a nuestro parecer, juzgar la obra por su contenido, prescindiendo de cualquier rótulo.

Resulta indudable que el *Prefacio sobre la historia y el espíritu concreto* constituye mucho más que un simple exordio. A nuestro modo de ver, es lo mejor logrado del libro. Frente al idealismo hegeliano y al materialismo dialéctico, postula Millas una concepción monista de la historia, en la que idealidad y realidad son sólo dos aspectos de una situación indivisible: la de la experiencia humana. El autor, que ha trabajado en Universidades de los Estados Unidos, tiene los pies firmemente asentados en lo concreto y desconfía de los ensueños metafísicos del idealismo. Pero advierte, también, que la historia no puede ser rectamente comprendida si se la reduce a las leyes derivadas de las relaciones de producción, como pretende el marxismo. Taxativamente nos lo dirá: "materialidad y espiritualidad son dos dimensiones ontológicas de la entidad única de la existencia humana".

Los dos primeros capítulos, dedicados al mundo griego, aunque bien elaborados, no alcanzan la altura ni la penetración de los que se refieren a Roma y su derecho. Aquí, el autor se siente más seguro y logra discurrir con entera confianza sobre el espíritu universal que va a encarnar la nueva sociedad política. Roma es vista en sus justos términos: como creadora de regímenes, de instituciones orgánicas, en una palabra, de legalidades. Por esto mismo Roma adquiere una importancia colosal para comprender la historia cultural de occidente. El afán de dominio del pueblo romano y su expansión progresiva son estudiados en sus mutuas relaciones. Pero Millas no se contentará con describir las exterioridades, sino que calará hasta dar con sus resortes más entrañables. "Roma no mandó en el mundo antiguo por tener legionarios —escribe—, sino que, más bien, tuvo legionarios *para* mandar. En otras palabras, se proveyó de los medios del poder porque quiso el poder. Tras del legionario y del gobernador romano había un designio, una voluntad de poderío".

La "aventura humana" que significó el cristianismo merece un amplio estudio de Millas. Tanto por las páginas que le dedica cuanto por los valores que de él exalta, demuestra haberle interesado de modo muy singular. En verdad, después de haber leído la obra, es lo que queda como lo más

firme. No en vano de los ocho capítulos del libro, cuatro se hallan directamente referidos o relacionados con él. Aún ocupándose del Renacimiento y, más acá de éste, de la energía que promovió la cultura moderna —a un Descartes en filosofía, a un Newton en ciencia— piensa Millas que esa energía "circula ya silenciosamente por las arterias del cuerpo medieval". Ello lleva a atribuir a la crisis de fines de la Edad Media un carácter muy atenuado. El Renacimiento pierde de esta suerte el pulso subido que le diera la exaltación poética de Giordano Bruno y el gesto dinámico de los fundadores de la *nuova scienza*. Paralelamente, la escolástica, que ya no era una hoguera en cuanto a la fuerza de sus ideas —hoguera más bien levantada para apagar la luz de Bruno— va extender sus brazos desvitalizados para animar aquello que se ha nutrido de otras fuentes de energía.

Aunque no compartimos con el autor el criterio de que la historia espiritual de occidente se halle rigurosamente determinada por el *ethos* del cristianismo, ello no obsta para que no reconozcamos en su trabajo méritos indiscutibles. Así, en el capítulo VI, el cuadro que traza sobre San Agustín es uno de los más valiosos de la obra. En el capítulo siguiente —"Fisonomía espiritual de la Edad Media"— encontramos certeros análisis de la época, sobresaliendo el estudio sobre la caballería y el espíritu caballeresco, en el que parece haber puesto el autor todo su conato.

Políticamente, el libro nos es afín. Rechaza Millas toda forma de fanatismo —tanto en lo religioso como en lo político— para salvar el ideal moral del hombre, que es tomado como fin y no como medio, "ni siquiera medio del hombre mismo". Dentro de estos cuadros el marxismo, al que le dedica varios pasajes, no puede tener cabida, pero sin alentar tampoco los ideales de un liberalismo individualista, al que el hombre de nuestro tiempo se ha adelantado a cerrar las puertas.

Indudablemente que una historia espiritual de occidente, si tomamos la palabra espíritu en el sentido más moderno del término, resultaría más dilatada que la que nos ofrece el profesor Millas y, por qué no decirlo, también menos sacra. Ese sabor laico, que no podemos dejar de extrañar, tal vez aparezca en las próximas entregas que, sobre la experiencia intelectual y la experiencia político-social de occidente, anuncia el autor.

5

LUIS CARREÑO SILVA

Valle de Putaendo. Estudio de estructura agraria, por Rafael Baraona, Ximena Aranda, Roberto Santana. Ed. Universitaria. Santiago, 1961. XIX, 374 páginas

Este voluminoso libro publicado por el Instituto

de Geografía de la Universidad de Chile, está destinado a despertar gran interés, porque aparece en un momento caracterizado por una enorme y urgente preocupación nacional por los problemas de la tierra y específicamente por la reforma agraria. Aún más, este trabajo de investigación por su valor disparateo, que entremezcla el dato de rigor científico con una interpretación muy peculiar, está llamado no sólo a interesar, sino también a fomentar la más viva polémica entre los conocedores del agro chileno.

El conjunto de esta obra que investiga sobre la estructura agraria del valle de Putaendo (16 km. al norte de San Felipe), es el resultado de un trabajo colectivo, en el que —a juzgar por lo que se dice en la introducción— han intervenido más personas de las que nos parecen convenientes para garantizar un trabajo equilibrado y con el signo de una unidad fundamental. La redacción definitiva fué también responsabilidad de tres personas: la primera parte titulada “El mundo de la agricultura”, está suscrita por Rafael Baraona; la segunda, relativa al “Origen y evolución de la pequeña propiedad rural”, ha sido redactada por Ximena Aranda y en la última parte que trata de “La estructura agraria actual” interviene, además de los dos autores mencionados, Roberto Santana.

La parte dedicada al estudio del “mundo de la agricultura”, la más extensa y mejor lograda de todo el trabajo, constituye sin duda el soporte de los otros temas del volumen, que aparecen como accesorios; con ello no queremos decir que sea típicamente geográfica por su contenido. Sin ir más lejos, el libro se abre con alusiones al suelo, a los relieves secundarios del valle y a las características climáticas, que resultan demasiado breves en un libro tan grueso y que insiste tanto sobre cosas más o menos ajenas a la geografía.

El autor parece encontrarse a sí mismo cuando relata una por una las labores y cultivos que interesan al pequeño propietario de Putaendo, o cuando describe los huertos de frutales que hacen deleitoso el paisaje minifundista y que facultan al geógrafo para distraer algunas páginas en el afán de aprehender el voluble gusto personal del campesino de la región. El estudio de las chacras, de la papa, del trigo, ponen de manifiesto eso sí un notable conocimiento vegetal de las variedades preferidas por el agricultor de Putaendo; y de igual ilustración se hace gala al reseñar las faenas anuales que ocurren en los pequeños campos y que tienen que ver con una producción que se destina tanto al consumo como a la venta, porque en Putaendo —para que se sepa— hay cultivos comerciales muy característicos como el cáñamo, el tabaco o las arvejas.

Lo malo de estos primeros capítulos, es que el autor se deja llevar por un exceso de entusiasmo

hacia su propio conocimiento especializado, llegando al extremo en algunas páginas de transformar el propósito geográfico en una especie de compendio de las condiciones agrobotánicas y de las técnicas agronómicas no sólo de Putaendo, sino también de Chile central. Porque otro exceso en que se incurre con frecuencia en esta parte, es la suposición de que el valle de Putaendo sea como el resumen de la agricultura del centro de Chile, o por lo menos de la agricultura de la pequeña propiedad de esta región.

Vuelven a encontrarse digresiones innecesarias sobre hechos conocidos de la hidrografía de la región central, con motivo del estudio de las aguas y de la organización del regadío en Putaendo, que sin embargo, es un capítulo que alcanza niveles de mucho interés cuando precisa la decisiva importancia del riego tanto para los grandes como para los pequeños propietarios del valle, en cuyas relaciones el autor ve un antagonismo irreconciliable. En otros párrafos se pretende trazar un cuadro con la “crónica del conflicto”, entre los que se benefician con las “aguas de arriba” y los que beben de las “aguas de abajo”; por desgracia, la documentación histórica es insuficiente, de modo que del libro sólo queda una pincelada del interesante proceso de la administración del agua. En cambio, los turnos actuales que contempla la reglamentación vigente están minuciosamente descritos; se echa de menos en todo caso, alguna figura de representación que hiciera más clara la distribución de las aguas de riego.

Esta primera parte termina con un capítulo sobre la significación de la ganadería y de las comunidades de pasto de cordillera, que revela un hecho extraordinariamente diferenciador de los pequeños propietarios de Putaendo: el acceso a una comunidad de pastos de verano que comprende aproximadamente unas 180 mil hectáreas. Aquí el autor se entusiasma de nuevo, contagiosamente, con el aspecto popular que entraña la organización de las comunidades de pasto y es sin duda su admiración la que le induce a establecer un paralelo entre la modesta y criolla comunidad de Cano Gallego con la antigua y célebre mesta española. En relación con la transhumancia no falta la descripción de un rodeo para bajar el ganado de los cerros con sabor francamente folklórico; y no falta tampoco un parangón con la ganadería de otras partes de Chile central e incluso con las condiciones ganaderas del mediterráneo europeo.

En resumen, este mundo de la agricultura diseñado por Baraona nos parece incompleto y poco geográfico; para completarlo se requeriría mostrar cómo se integran en el espacio y en el tiempo los cultivos descritos individualmente a través de sus rotaciones y disposiciones estacionales; ahondar más en los usos agrícolas en relación con los ta-

maños y formas de propiedad y con la topografía de detalle; comentar, ya en esta parte, la morfología del establecimiento campesino y los tipos de habitación; agregar, por último, un mapa con los canales de regadío para entender los sistemas de irrigación, lo que no sabemos por qué no se hizo si se afirma que se dispuso de las fotografías aéreas del valle.

La segunda parte, redactada por Ximena Aranda, reconstruye en buenas cuentas la historia de la pequeña propiedad de Putaendo y se sitúa en un plano de menos importancia en relación con la parte recién analizada. Incluso desde el punto de vista de la amenidad de la exposición, la obra pierde cierto ritmo y cierta altura que ya no volverá a recuperar. Su mérito principal reside en la abundante documentación histórica aportada para esclarecer los avatares de la pequeña propiedad de Putaendo. La autora confirma lo dicho ya por otros trabajos: que la actual atomización de la propiedad reconoce su origen más lejano en las grandes mercedes de tierras de la época hispánica y explica el proceso de subdivisión, por simples peripecias sucesorias y a veces por deficiencias de explotación, ligadas en el valle a la marginalidad del agua. La accidentada evolución predial se sigue con lujo de detalles, tanto que la autora no puede evitar el carácter tedioso que su relación adquiere por momentos. Pensamos que se habría necesitado más luz sobre ciertas coyunturas económicas del pasado, para esclarecer todas las penumbras de la historia catastral de Putaendo.

La última parte, que trata sobre la estructura agraria actual, está formada por unos cuantos capítulos bastante densos y de difícil comprensión, por el abuso de clasificaciones y el número de sutiles criterios metodológicos con que los autores encaran los dos temas centrales: el estudio de la fragmentación actual y la clasificación de los pobladores rurales del valle. Tanto el análisis de los tipos de propiedad como el de los tipos de propietarios, se fundamentan sobre pequeñas muestras que, a la postre, resultan demasiado exiguas si se considera la intensidad del fenómeno de subdivisión. En definitiva, esta parte no constituye la mejor culminación del trabajo, y a cualquier lector con alguna experiencia de nuestra realidad campesina, estos capítulos le parecerán demasiado flotantes, demasiado abstractos, con mucho de pura construcción intelectual. De nuevo habría que reclamar un mayor sentido geográfico a los autores, porque a la estructura agraria que presentan le falta otra vez el aspecto morfológico del medio rural que es básico para entender los problemas cualitativos de la explotación. Se soslaya también aquí el problema de la presión demográfica que es serio en Putaendo, según estos investigadores, pero que sólo se enuncia sin profundizar mayor-

mente en el fenómeno cuando valía la pena hacerlo.

La verdad es que uno termina este libro con la sensación de haber leído mucho, sin encontrar la síntesis geográfica capaz de condensar el cúmulo de hechos y observaciones recogidos en el campo de Putaendo. Y entonces uno tiene que reprochar a los autores dos cosas: el olvidarse con demasiada frecuencia que antes que nada son geógrafos y trabajadores científicos; y no haber sabido poner el punto final a tiempo para eliminar el ripio y las malezas, como seguramente lo hacen los campesinos de Putaendo. En el fondo, la actitud mental que explica estas fallas que dañan enormemente el trabajo, está definida sin equívocos en las páginas de Introducción, que constituye una verdadera petición de principios. En ella se expone un falso concepto de la geografía y poco menos se la asimila a la sociología; en este sentido, los autores dejan expresa constancia de que les interesa captar la "unicidad de la sociedad" y, específicamente, "el complejo social de Putaendo"; naturalmente, no pueden ver la pluralidad de transformaciones con que el hombre puede distinguir un paisaje, lo que es un fenómeno auténticamente geográfico. Esta disposición de espíritu tiene una extraña similitud con la de ciertos literatos e investigadores comprometidos, que hace tiempo han perdido autoridad para enfrentarse con problemas científicos. Creemos por nuestra parte que hoy en día ningún científico puede desentenderse de los urgentes y graves problemas que plantea el subdesarrollo o la deficiente organización de nuestra sociedad; pero un mínimo de responsabilidad le impide construir una ciencia falseada por prejuicios ideológicos. Es una lástima que este libro, que pudo ser dos veces más breve, no haya resultado finalmente un buen fruto, comparable a los sanos y sabrosos de la campaña de Putaendo.

6

CARLOS MUNIZAGA A.

La cultura de Huentelauquén y sus correlaciones, por Jorge Iribarren Ch. Museo Arqueológico de La Serena. Contribuciones Arqueológicas N.º 1 (18 páginas). La Serena, 1961.

En este corto e importante trabajo, el Director del Museo Arqueológico de La Serena describe, formula la distribución geográfica y las correlaciones culturales de un conjunto de objetos líticos (de uso hasta ahora desconocido), que se caracte-

rizan por haber sido fabricados dándoles formas geométricas. Se les supone un uso mágico religioso, ceremonial y se les considera como elementos de una cultura preagrícola de gran antigüedad. El foco chileno, donde se han encontrado en gran cantidad estos objetos enigmáticos es Huentelauquén, en la región costera en la desembocadura del río Choapa, en la provincia de Coquimbo.

Estos objetos líticos son generalmente polígonos de tres, cuatro, siete o de múltiples lados, constituyendo estos últimos unas especies de ruedas dentadas. Tienen caras plano convexas, con un grosor de alrededor de 1,5 a 5 cm., y un largo o ancho entre 8 y 12 cm. Están elaborados en piedras generalmente de gran dureza (ver dibujos en láminas II y III).

En realidad, las variadas formas geométricas de estos litos, algunos ejecutados con gran perfección, son sorprendentes.

Iribarren señala en su trabajo los antecedentes de diversos hallazgos anteriores de este tipo de litos en Chile, aunque no fueron objetos de una publicación sistemática.

En seguida hace una descripción geográfica del área arqueológica de Huentelauquén, y se refiere someramente a una cubierta de limo arcilloso en el cual se encuentran empotradas ligeramente las piedras geométricas. Describe la técnica de fabricación, la cual varía de un proceso de devastación y lascado bastante burdo a otra en la cual se advierte mayor perfección. Iribarren basa su trabajo principalmente en material del Museo Arqueológico de La Serena.

Iribarren ilustra también en láminas I y II otro material lítico recogido en el sitio, aunque las condiciones de los hallazgos no permiten establecer correlaciones de él con los litos geométricos. Este material consiste principalmente en puntas de proyectil.

En la página 11 Iribarren hace el importante esfuerzo de formular la distribución geográfica hasta ahora conocida de estos litos para Chile, basándose en comunicaciones personales, fuentes escritas y material de museos. Esta distribución se circunscribe a la provincia de Coquimbo, habiéndose realizado la mayor parte de los hallazgos en la región costera.

Iribarren estima que no se advierten correlaciones entre este elemento cultural y otras culturas precerámicas ya descritas para esta zona, salvo algunas puntas de proyectil que revelan una leve semejanza con el complejo *ayampitiniense*, pero sin que esta relación pueda establecerse con seguridad.

Iribarren, finalmente plantea las interesantísimas interrelaciones de estos litos chilenos de Huentelauquén con material semejante encontrado en la

región de California, en USA. Allá, existe este mismo tipo de litos geométricos que se denominan *cog shaped stones*, aunque su uso allá también sigue siendo enigmático.

En un trabajo reciente que Iribarren cita del profesor Hal Eberhardt, éste describe las piedras dentadas de California. Basándose en correlaciones cronológicas, tal autor los ubica en el "Horizonte de las piedras Molinos", cuya cronología absoluta es de 4.500 a 5.000 años para el comienzo del período y su duración alcanza de 2.000 a 3.000 años. Eberhardt ubica estos litos en una fecha entre los 6.000 y 3.500 años antes de nuestra Era.

Tanto Iribarren como los autores norteamericanos piensan provisoriamente en que estos litos han tenido un uso religioso ceremonial. Estimamos muy acertada esta interpretación provisoria, pero tal vez no debería desafiarse la posibilidad de algún uso utilitario de ellos.

Con este trabajo, pues, Iribarren tiene el mérito de formular sistemáticamente por primera vez en Chile este elemento que parece ser el característico de una nueva cultura precerámica, y de ayudar fuertemente a los científicos norteamericanos que ahora tienen una correlación con nuestros litos geométricos, lo que aumenta enormemente el interés por su estudio.

Este último trabajo de Iribarren contribuye a cimentar el Museo y la Sociedad Arqueológica de La Serena como el núcleo de investigaciones arqueológicas más importante del país, tanto por el volumen como por la calidad y originalidad de su producción científica.

7

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

En el alud cogido. Poemas en prosa, por Luis Droguett Alfaro. Santiago-Chile, Editorial Del Pacífico, impresores, 1961, 54 págs.

El sentido profundo de esta colección de poemas —algunos en prosa, otros de clara factura rítmica y en verso— se puede desentrañar de las palabras mismas del lírico: "He querido que todo me fuera propicio en mi faena de hurgador incansable con el fin tan amado de no ser un légame sin historia". En el mismo canto VII del poema *Morada en Río Blanco*, expresa conmovido: "Cómo deseo atar los hilos de la red que usé en mi aventura.

"Pero todo pasa en el momento mismo de mi acción.

“Perecen las cosas al desearlas.

“Y es entonces cuando comprendo a los antiguos que jamás se bañaron en la misma corriente de dulzura”, pág. 28. A este sentido vital de perpetuarse y perpetuar el contorno, se apareja la conciencia de ser el poseedor de hermosas realidades. La aventura de vivir, de haber padecido experiencias, imágenes y cosas, modela el mundo particular del poeta. Cada trozo, cada palabra, es fruto sazonado de algún momento del artista. Por eso, esta colección que lleva el título de *En el alud cogido* y que agrupa poemas escritos entre los años 1946 y 1960, encierra una línea constante que vincula a cada uno de ellos en un todo. Cada instante del escritor aparece captado en una prosa tersa, rica en imágenes familiares y como adolorida por la exigüidad de su verbo para expresar y simbolizar.

Estos poemas que forman el segundo volumen poético de Luis Droguett Alfaro, apuntan hacia dos direcciones. La primera es la de recoger escalón por escalón la experiencia vivida, desde aquella lejana infancia, recordada en un viaje, en el colegio congregacionista, hasta la cercana madurez, recordada en los rostros familiares, en el hogar, en la música. La segunda dirección muestra el mundo en sí del acto creador de la palabra, su magia comunicadora, su dimensión en el tiempo que pasa y muere, el estremecimiento que tiene cada hombre que sabe acumular en sus manos la materia de su vida, de su existir, antes de ser alcanzado por la “gran aventura”, que es irse.

Poemas claves para vibrar al unísono con las experiencias de Luis Droguett son *Hombre custodiado*, que consta de introducción y tres cantos, escrito en 1946, *En el alud cogido*, escrito en 1956 y que revela la crisis de ánimo ante lo ignorado, y *Eternidad del instante*, 1959, poema que en su construcción une el encuentro de un mundo anterior, en remembranza, con un mundo eterno, en alegoría simbólica, más bien como si constituyese el arte poética de Droguett Alfaro.

Las posibilidades del lenguaje se muestran en *Eternidad del instante* en su tensión máxima. La imagen visionaria colocada al comienzo anuncia al lector el trayecto límpido del símbolo que se convierte en imagen tangible por arbitrio exclusivo del poeta: “Qué nube más extraña en el cielo: tiene forma de pez o barco, hasta parece zapato de reina por lo magnífica”. Luego, los recuerdos pueblan el mundo del creador, y su pupila se detiene en un niño que juega, múltiple en su quehacer, como múltiple es el registro musical del órgano. Y, más tarde, ese mundo sentido se hace alucinante con el sueño y parecen renacer otras imágenes si el poeta cae embrujado por la música. La “batalla entre los sonidos y las formas de los objetos” es similar al estado indeciso del “morir a medias”: “Estar

a la espera de lo maravilloso o de un castigo ejemplar y sólo quedarnos con estos destellos de floraciones, con estas voces que no cuajan nada más que Palabras cuyos signos se nos escapan, cuya armonía nos pierde”, que es el momento culminante del poema *En el alud cogido*, pág. 54. Para coger el instante, la música “tiene la virtud de abrir compuertas en valles soñolientos”. “La diosa sabe su oficio y nosotros no somos otra cosa que meros oficiantes que preparan sus oídos como quien extiende su mantel para el banquete que se inicia”.

“La diosa —continúa Droguett Alfaro en *Eternidad del instante*, pág. 37— tiene algo de los hombres, pero ella también nos hace a imagen y semejanza de sus tormentos, es decir, de los sonidos en fuga, de las melodías en llama o en rescoldo”. De este modo, este tradicional motivo de la música como purificadora del alma, se entronca con el motivo de la angustia creadora, síntesis de gran parte de la poesía actual, y se ovilla, además, con el motivo del *homo sapiens* y el enorme tema de la raíz de la existencia humana. A este respecto, el parecer lírico de Droguett Alfaro se trasluce en el poema que encabeza el libro, *Hombre custodiado*: “Hemos de estar ante la piedra asoleada, a la intemperie, con el rostro humedecido, cayéndonos casi, recogéndonlo, lleno de barro y pedrisco, de sol o asombro”.

“Nunca con las manos vacías: con el cuenco repleto de polen o savia, de luz y agua redentora, de luz y líquido penetrado de la pura esencia de las noches”. “Edificándonos bajo el sol o la lluvia, bajo el aire poblado de semillas, a pura carga, huyendo nuestro camino real con las ruedas del carro irremediable” (pág. 7). Y la pregunta nace de inmediato con su tremendo signo: “¿No lleva acaso el Hombre, las manos, las vestiduras, los oídos anegados, los ojos, el cabello, custodiados, encarcelados de cuanto objeto, arcilla o porcelana ha de dar a luz?”, pág. 11. Y este canto al hombre, circundado por objetos y rostros, por escenas y recuerdos, se convierte en grito lacerado, impulsivo, angustiado: “Sólo tú, Hombre, abres los toneles, vacías los zumos formidables, el viaducto del canto te conmueve, arden las represas y tu voz corre, trepa, sucumbe, renace” (pág. 12). De allí que, después de la conciencia mordida por la incertidumbre del existir, ha nacido en el poeta un ansia de acompañarse, con las cosas todas y con los seres todos, en rasgo de humildad propicio para “crear el rostro del hombre”. Por eso vuelven “pequeños hechos”: los “días miércoles de retiro”, “las mágicas despensas”, “los rezongos de las hermanas”; o se pregunta por el quehacer de las familias, que “discurren como el gato detrás de un ovillo de ensueños; cavilan en un más allá donde las consolas todavía cuelgan su pequeña lámpara de silenciosa llama”; o apela a toda su

constancia "para no perder los rostros en mi memoria". Y entonces, su mirada se torna en Dios, porque crea los objetos, que "dormidos están, como si de pronto su despertar dependiera de nuestras manos". En *Angeles, Diluvios*, escrito en 1960, se advierte este rehacer de las cosas por sobre la angustia del tiempo: "Aquí están mis días — sorprendiendo el dulzor de los umbrales, — el correr de las horas hacia su pequeña muerte". "Retornan estancias, lozas que tuve en mis juegos — ha treinta años. — Resucitan los minutos de tanto abandono: — Cristales vislumbran de nuevo, géneros de verde abren sus capullos — y el armario revela lo insondable". El acompañamiento de sus seres y cosas amadas no es suficiente apoyo y clama hacia el cielo recordando sus años de colegio, que se le introducen en su alma pavorida: "Esta es la Resurrección, — el Sueño, la Realidad caída de lo alto: — Vienen ángeles, — la claraboya azul del cielo abre sus ventanas. — Avéntanse los segundos: — El Tiempo y sus utensilios de infancia acaecen de nuevo, — abre sus toneles, — fluye de sonrisas y de llantos." (págs. 48 y 49). Aquí, el aire de familia con las parábolas de *Contrabandista en el sueño*, libro escrito en 1951, se acentúa. Y de nuevo el poema *Eternidad del instante* nos sirve de índice para caracterizar el modo poético de Luis Droguett Alfaro, cuando conscientemente escribe: "Si tuviera que argumentar no diría más que esto: estoy en este ejercicio de observador transcribiendo imágenes simples, rápidos bosquejos de cosas y personas.

"Eternizar el instante como lo amaba el poeta germano y de este ejercicio de humildad, crear el rostro del hombre.

"El viento juega con las palabras y se las lleva cielo arriba, como los peces —red arriba— y en el viento, sueños y nostalgias, voces de niño, murmullos, van alejándose" (págs. 35 y 36). Como testimonio plenamente logrado de la creación lírica de Luis Droguett Alfaro, están los siete cantos que constituyen el poema *Morada en Río Blanco*: "Espera: algo suena de nuevo en los cuartos de la infancia. Es el Río que anda desvelado detrás de nuestra compañía..." "Dispuestos estemos a su venida y en esta hora y en la hora de la duda, la hora de la desesperanza, sea El nuestro mejor huésped..." "El Río estará por los siglos brotando de nosotros" (pág. 29). Esta es la verdadera expresión del hombre: "Decir lo que se siente con esa fuerza de los frutos a la espera de la mano ansiosa. Lo que se lleva adentro como un ángel cuyo paraíso fuera un destello al borde de nuestra palabra", tal como inicia el poema *Interior*, de 1948, para luego "Ir crepitando nuestra médula, nuestra voz hasta alcanzar el origen de nuestra savia", pág. 13.

8

RAÚL HERNÁN SILVA

Eva Burgos. Novela por Enrique Amorim. Montevideo, Editorial Alfa, noviembre de 1960. 92 páginas. (Colección *Letras de Hoy*)

Eva Burgos comportaría, a juzgar por el título, el punto de partida de una novela de personaje. Veremos si en un análisis somero podemos legitimar semejante apreciación. La obra revela la historia de una bella prostituta y de su ascensión desde el humilde pueblo de origen, hasta su triunfo en los más altos núcleos sociales de Europa y Uruguay.

La primera determinación es dada por un personaje que, junto con presentarla, se yergue como portador de un mundo individual. Carlos Pando cataliza en el comienzo de la obra la existencia de Eva, distorsionando su propio tiempo para presentar a la prostituta-niña. El primer contacto en un lecho semiclandestino le despierta la memoria de modo que "el ruido de los viejos elásticos lo conducía sin cesar a recordaciones juveniles" (página 7). Por su parte, Eva preside las asociaciones de Pando y ello permite la obtención de rasgos relevantes completados con la confidencia ulterior, en que aquélla contará su pasado de iniciación. La narración es de pronto interna; es ella quien estructura el mundo personal a través de la ficción del recuerdo. Pero el desarrollo progresivo del hombre, a ratos individualizador, será en seguida olvidado para convertirlo en portador de los caracteres de una clase económico-social que lo tipifica. "Aquellos países fascinaron a los Carlos Pando que soñaban con el botón de un artefacto capaz de hacer funcionar cocina, cuarto de baño y lavadero al mismo tiempo, y que abanicaría en verano al sofocado y daría calor en invierno al friolento" (pág. 27), dice el narrador cuando Eva desaparece del relato y seguimos el viaje de Pando por la Europa convencional de los turistas. Salta entonces, a la vista, la incongruencia de éste con el coprotagonista del principio. Parecería que la tendencia a colectivizar su función originaria, determina una pauperización del horizonte narrativo. Faltará la violenta muerte de aquél para encontrar el giro personal que nos lleve al desarrollo de Eva. La confusión se hace presente por el hecho de que el tiempo de narración no está debidamente cualificado, y de ahí que, sólo tardíamente comprendamos el sentido de su vida europea. De ese modo, *Eva Burgos* nos muestra el paso esclarecedor de los aspectos que la puedan fijar permanentemente en su realidad intrínseca

de prostituta y de mujer. Eva, diosa estatuaria de ojos verdes y piel mate, ornamento del mundo, transita por la novela con dimensiones no siempre similares y la explicación del cambio de perspectiva con que es abordada —los diversos narradores que la miden o simplemente la olvidan—, deberemos asignarlo también, a la despreocupación por la esencia narrativa que implica una novela de personaje. Por consiguiente, es veraz, aunque incompleto, el juicio de Angel Rama que encuentra “distorsión de los criterios de verosimilitud” (1).

Con la desaparición de Pando, muerto en un accidente de automóvil, Eva retoma hasta el fin de su trágica vida, cortada “bajo la lluvia, en el lugar más oscuro y denso de los pinares” (pág. 79), la actualidad de la novela. Relatará en primera persona la existencia viciosa de sus años europeos, el contacto con el grupo de lesbianas profesionalizadas y de quienes la sustrae el rico industrial Castromagno, dispuesto a pagar cualquier precio por una piel bella y juvenil, pero sin asumir la radical soledad que encubre.

Luego, a la conciencia objetiva del narrador que ha permitido deslindes externos en la incapacidad operatoria de la mujer, en un mundo cuyas lacras la indeterminan, esclavizándola, aparecen los fragmentos en cursiva, verdadero testigo ficticio que interpreta desde el interior: “Soy una voz que se deja oír cuando el narrador lo permite o cuando el alma de Eva Burgos lo reclama desde el más allá” (pág. 84). Remóntase ahora el desigual relato y el lirismo de Amorim se libera de presiones; el ambiente de los pinares estremece con su oscura densidad y con la fugaz coloración del mar empavorecido por el viento. Se totaliza una imagen de Eva configurando una presencia antes inercial.

Es indudable que la alteración del desarrollo lineal de lo narrado no obedece tan sólo a un capricho. Hay algo más. Se ve el esfuerzo por elevar al personaje a una categoría simbólica superior. El proceso en la breve extensión del relato parecerá insuficiente. La página final, en otro giro sorpresivo, nos muestra “el tiempo atrás” en violenta regresión:

“Lo cierto es que Eva Burgos acaba de salir de la correccional de mujeres, y en el momento en que se escriben estas líneas no tiene destino. Lo está aguardando en un bar de cuarta categoría, si es que hay bares de primera... Eva está a la espera. El azar es para ella, y para otras también, el Dios común” (pág. 92).

(1) Angel Rama: *Las Narraciones del Campo Uruguayo* (II). *Marcha*, año XXII, N.º 1.049 (Montevideo, 10 de marzo de 1961), pág. 30.

Amorim nos dice que el arte puede permitirse el lujo de una trampa, que es la raíz de su magia. Ya no se tratará de Eva, sino de la proyección social del problema que ella encarna. Otras hay que esperan un Dios común y no nace de la conciencia que la sociedad tiene de sí, sino del simple azar que rige el abandono. Es su último anatema, cuya nobleza de intención no justifica un final abrupto, ni la escasa claridad del modo narrativo. Es evidente que Amorim no alcanzó a corregir el apresuramiento de su obra póstuma. De todos modos, el hecho de que en privado la “designara unamunescamente como nivola”, no significa, en rigor, la adscripción a una estructura narrativa, sino es la expresión de un anhelo, logrado por la premura de la muerte.

9

JORGE EDWARDS

Historia de la Marina Mercante de Chile, por Claudio Véliz, Ediciones de la Universidad de Chile. 1961

“Es extraño —escribe el autor en la introducción a su obra— que una nación con un litoral tan extenso, un territorio interior tan limitado e inaccesible y una economía tradicionalmente orientada hacia el exterior, no haya desarrollado una marina mercante de importancia”.

El libro, que abarca el período transcurrido entre 1810 y 1922, podría describirse como la búsqueda de una explicación para este fenómeno. Su tema central es éste, aún cuando contiene otros aspectos que le dan riqueza y amenidad —por ejemplo, el episodio de la participación de buques chilenos en el tráfico de esclavos, durante el siglo XIX—. Pero dichos elementos tienen una relación más o menos directa con la interrogante principal del libro: las causas de que no haya existido una marina mercante de importancia a lo largo de la historia del país.

El autor procede cautelosamente, sujeto a una sólida documentación, rehuyendo las generalizaciones. Insinúa, sin embargo, una hipótesis clara. Los grandes grupos de presión económica que tuvo Chile, durante el período estudiado, fueron el de los exportadores agrícolas del sur, los exportadores de minerales del norte y las casas comerciales del centro del país. Todos tenían un interés decisivo en la mantención de fletes bajos y veían, en cualquier medida de protección a la marina mercante nacional, la posibilidad de un encarecimiento de los fletes.

El libro se divide en tres partes, que correspon-

derían a tres etapas definidas de la política del gobierno chileno frente al problema de la marina mercante: la experiencia proteccionista de 1810-1848; el abandono del proteccionismo, entre 1848 y 1866; la experiencia liberal y el retorno a 1811, con la promulgación de la ley de cabotaje de 1922.

Uno de los elementos más interesantes de la obra es el análisis de la controversia entre las posiciones llamadas "proteccionista" y "librecambista", que cobró vigor a contar de la mitad del siglo XIX. Estas escuelas perdieron en Chile su significado originario y tomaron una fisonomía criolla. El librecambismo era apoyado por los grupos políticos de tendencias liberales, que se oponían a todo fortalecimiento del poder central; se confundía con ideales de unión americana, que en la historia de nuestras ideas económicas tuvieron distintos matices, desde la preferencia arancelaria latinoamericana, preconizada por Bello en la década de 1830, hasta los propósitos de eliminar completamente las trabas aduaneras.

Nuestro proteccionismo, en cambio, se identificaba vagamente con la noción de un gobierno autoritario. Difería apreciablemente de aquél aplicado en las naciones que se industrializaron durante el siglo XIX y se asemejaba, más bien, al régimen colonial español. A juicio del autor, "la legislación proteccionista chilena, especialmente en el caso de la marina mercante, incluía los peores defectos del neomercantilismo con los peores vicios del liberalismo: establecía privilegios cuasi monopolistas y al mismo tiempo dejaba en completa libertad de acción a los favorecidos con ellos para que procedieran a distribuir el grueso de sus ingresos en dividendos y no se preocuparan mayormente de mejorar sus equipos ni de incrementar sus flotas".

Es curioso destacar, de paso, que Claudio Véliz pone en duda, con buenos argumentos, la creencia tradicionalmente aceptada por nuestros historiadores de que Courcelle-Seneuil ha sido el padre del librecambismo chileno. Véliz dedica un capítulo a este punto y muestra que Courcelle-Seneuil, en lo que se refiere a librecambismo, actuaba como un moderador frente a los ímpetus libertarios del Parlamento e, incluso, del gobierno.

En lo que se refiere a la marina mercante, la actitud de los grupos que favorecían la libertad de cabotaje, motivada, como se ha dicho, por el interés en los fletes bajos, parecía flaquear en las épocas de alza de los fletes mundiales. Así sucedió, en especial, durante la guerra de 1914, período en que hubo un nítido resurgimiento de la preocupación por el estado de nuestra marina mercante.

En esta etapa, las posiciones en pugna quedaron bien delimitadas en el debate parlamentario sostenido por don Enrique Mac Iver con don Elio-

doro Yáñez. El librecambismo rígido del primero, producto de teorías llegadas de Europa con retraso y deformadamente, contrastaba con el nacionalismo imaginativo de Eliodoro Yáñez, cuyas intervenciones revelaban una confianza en el porvenir del país que pocos, entre la clase dirigente, compartían.

El autor evita las conclusiones demasiado amplias, pero ha ordenado sus materiales en forma que permite al lector extraerlas, al menos parcialmente. La más obvia de ellas, sobrepasando el tema de la obra, conduce a pensar que hay algo de mito en la idea, corriente entre nuestros historiadores y ensayistas, del gran pasado histórico chileno y de la decadencia actual. Con su *Historia de la Marina Mercante de Chile*, aporte original y sugerente a una rama descuidada de la historia del país, Claudio Véliz sienta un precedente para iniciar la revisión de nuestros conceptos del pasado, y, por consiguiente, del progreso nacionales.

10

JOSÉ VÁZQUEZ HIDALGO

Boletín del Instituto de Literatura Chilena. Año I, N.º 1. Santiago, septiembre, 1961. Editorial Universitaria, 32 págs.

Cuando el célebre entomólogo y gran escritor Jean Henri Fabre pudo, al cabo de muchos años de penosas privaciones, permitirse el ansiado lujo de adquirir con sus economías un pequeño terreno en donde estudiar, a su sabor y libre de cuidados, a sus amados insectos, expresó su alegría con esta cita de Horacio: *Hoc erat in votis*. A nosotros no nos preocupa la fauna entomológica como objetivo de estudio, pero en cambio nos interesa muy particularmente la fauna literaria y hemos también recordado ese verso del poeta romano, a propósito de la publicación del primer número del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*. Dicho Instituto es un organismo dependiente de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, creado por decreto supremo de fecha 24 de septiembre de 1960. *Hoc erat in votis*; era éste, en efecto, un deseo que esperábamos ver realizado algún día y que se ha cumplido. Es ya una realidad la creación en nuestro país de un organismo permanente de alta investigación, inspirado en métodos y criterio modernos y dedicado al estudio, interpretación y difusión de nuestro acervo literario.

Figuran, entre las finalidades principales del nuevo Instituto, la organización de un repertorio bibliográfico de la literatura chilena y la elaboración de un plan para una biblioteca de autores

chilenos, cuyos respectivos textos deberán prepararse con riguroso esmero antes de ser publicados. Sin entrar a considerar, por ahora, otras de las finalidades del Instituto, todas de la mayor importancia y utilidad, las dos que hemos mencionado revisten, a nuestro entender, un interés más inmediato, en vista de la necesidad imperiosa que de esa clase de estudios y publicaciones tienen los investigadores, los estudiantes y el público en general.

Posee Chile una honrosa tradición en el cultivo del género histórico y de su respectiva bibliografía, tradición que continúa produciendo valiosos frutos. Mucho se ha escrito también y de subida calidad, durante el siglo pasado y en lo que va del presente, sobre bibliografía literaria, pero los tiempos cambian y las ciencias de la cultura requieren, cada vez más, de un método de estricta especialización y de un sistema de trabajo en equipo. Nuestros eruditos e historiadores de antaño eran cerebros enciclopédicos y entre los estudios históricos, bibliográficos y puramente literarios no establecían demarcaciones muy precisas. Los campos respectivos a veces se confundían, no por la falta de conocimientos, sino que por falta de método. Las causas de esta confusión en la actividad intelectual algunas son evidentes por sí mismas, pero otras son más recónditas y para descubrirlas habría que hacer un detenido y profundo análisis del desarrollo político y social del país en aquel entonces. Lo que primero salta a la vista es la falta de especialización en la élite intelectual. El escritor es un ser que se considera obligado a escribir de todo y sobre todo. En el siglo XIX hombres como Lastarria, Barros Arana y Amunátegui escribían y se preocupaban de las materias más diversas y opuestas. Eran, a la vez, historiadores, políticos, juristas, críticos y pedagogos. Lastarria, por ejemplo, es un escritor difícil de clasificar en una actividad predominante. El *Diccionario de la Literatura Hispanoamericana* (Unión Panamericana, Washington, D. C., 1958) lo califica como "crítico, ensayista y novelista chileno". En nuestra opinión las *Lecciones de Política Positiva* y la *Historia constitucional de medio siglo* no son ensayos, ni simples estudios críticos. En fin, sea de esto lo que se quiera, el hecho es que Lastarria fué a la vez que político activo e influyente, jurista, crítico literario, a ratos historiador y desde el punto de vista cronológico, figura como nuestro primer cuentista. Además de toda su vasta y diversa labor, lo que más tiene trazas de sobrevivir son sus amenos *Recuerdos Literarios*. Amunátegui, el historiador, ejerció muchas veces la crítica literaria y desempeñó, durante años, la cátedra de Retórica y Poética en el Instituto Nacional. El texto que usaba para sus clases lo había escrito su amigo y colega Barros Arana, el cual todavía te-

nía tiempo, en medio de sus investigaciones históricas y junto con la preparación y redacción de su monumental *Historia de Chile*, para escribir un texto elemental de *Geografía Física* y un manual de *Nociones de Historia Literaria*. Tal vez, en esta dispersión de fuerzas, seguían todos ellos el ejemplo de su maestro el gran Andrés Bello, verdadero prodigio intelectual, capaz de reformar las reglas gramaticales con atisbos de genial lingüista, redactar un Código Civil modelo perfecto de texto jurídico, abrir el camino a Menéndez Pidal con el análisis del *Poema del Cid*, preocuparse de hacer epítomes de Filosofía, Cosmografía y Literatura Latina, imitar en excelentes versos castellanos a Víctor Hugo y escribir aún, para campañas de bien público, monografías sobre el cólera morbo y la vacunación antivariólica.

Nada más lejos de nuestro ánimo que desconocer, en lo más mínimo, el extraordinario valor de esos sesudos e ilustres varones. Por el contrario, encontramos en la actividad intelectual que desarrollaron, en los esfuerzos que hicieron para establecer los cimientos de la cultura patria, algo de prodigioso y gigantesco. Representaron ellos un tipo de formación intelectual que no era sólo humanístico en el sentido renacentista, sino que respondía al concepto cultural de los sabios griegos de la antigüedad. Hoy en día somos demasiado débiles y pusilánimes para imitar el ejemplo de esas personalidades heroicas. El camino que ellos siguieron y por donde marcharon victoriosamente es peligroso e inadecuado para el común de los mortales. La época, por otra parte, no lo permitiría. El desarrollo de las ciencias y de las artes es en la actualidad, de una complejidad tremenda, y, salvo aptitudes geniales, el único tipo de investigador que puede sobrevivir y arribar en su labor a resultados positivos y fecundos es el estrictamente especializado.

Entre los propósitos a realizar del nuevo organismo figura también, como dijimos, la elaboración de un plan para una Biblioteca de Autores Chilenos. El intento no es nuevo, ya que durante el gobierno de don Pedro Montt se dictó una ley con ese objeto y después de muchas discusiones sobre el número de miembros que debía tener la comisión permanente encargada de organizar la que entonces se llamó *Biblioteca de Escritores de Chile* y sobre el formato a adoptar para la edición de las obras, por último se logró llegar a un acuerdo satisfactorio. La comisión constaría de nueve miembros y el formato que se tomó como modelo (y así consta en la ley respectiva), fué el de los volúmenes de la *Colección de los mejores autores españoles* de don Eugenio de Ochoa, edición Baudry, 8.º francés. No podemos menos, dicho sea de paso, de alabar el buen gusto de la comisión en materia de formatos, ya que el 8.º

francés es uno de los tamaños de libro más hermosos y preferidos por los bibliófilos.

De esa primera *Biblioteca de Escritores de Chile* se editaron en forma no interrumpida once volúmenes, cuyas sendas encuadernaciones en tela color azul, con parches rojos en el lomo, títulos dorados y el escudo nacional decoran todavía, con un alegre y reconfortante sello de chilenidad, los anaqueles de las bibliotecas. Esta colección, al comienzo, no fué muy bien apreciada, salvo algunas obras, entre ellas los *Recuerdos del Pasado*, de Vicente Pérez Rosales, las *Obras* de don José Joaquín Vallejos y los *Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena* de don Julio Vicuña Cifuentes, cuyas respectivas ediciones luego se agotaron. Sin embargo, la colección entera constituye uno de los mejores esfuerzos que se ha realizado en Chile al respecto y es lástima que después, sin motivo justificable, apagado ya el fuego sagrado de sus iniciadores, se suspendiera su publicación. Se intentó resucitarla, eso sí, tras muchos años de interregno y se agregaron uno o dos volúmenes más a la primitiva colección, pero ese despertar fué muy breve. Es de esperar que el actual Instituto, al crear una nueva Biblioteca de Autores Chilenos, no se quede a medio camino y consiga llevar a término una empresa editorial tan valiosa, necesaria y trascendente para la difusión de nuestra cultura, como lo fué en su época para España y su literatura la "Biblioteca de Autores Españoles", obra de ese editor e impresor genial que se llamó Manuel Rivadeneira, el cual también vivió en Chile y nos dejó, como recuerdo de sus actividades, muchas ediciones de diversos autores, ediciones que ahora son muy buscadas por los coleccionistas, y bibliófilos.

Algo también debemos decir aquí, antes de concluir, de la pobreza franciscana que tiene que afrontar el estudiante o el simple aficionado a la literatura patria, en lo que se refiere a ediciones corrientes o de tipo popular de escritores nacionales, tanto de los que podríamos denominar nuestros clásicos, como de los modernos y contemporáneos. Existen muchos escritores del siglo pasado cuyas obras son de sumo interés, pero las respectivas ediciones se han agotado hace ya tiempo y conseguir algún ejemplar de ellas requiere por parte del interesado un dominio completo de ese resbaladizo comercio, lleno de suspicacias y marrullerías, de las librerías de viejo. No todos los lectores tienen la constancia y experiencia de los coleccionistas, anticuarios y bibliófilos adiestrados para salir indemnes de esos pintorescos lugares, con el ansiado y raro libro en las manos obtenido a un precio razonable.

El contenido del primer número del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena* es de sumo interés y utilidad. Recomendamos su íntegra y atenta lec-

tura tanto a los profesores, como a los alumnos del ramo. Desearíamos disponer de mayor tiempo y espacio para comentar cada uno de los trabajos que allí aparecen, pues todos contienen datos y apreciaciones que constituyen síntesis de gran jerarquía, hasta ahora raramente observables en publicaciones de esta clase. Se destacan dos trabajos de índole bibliográfica, debidos a la autorizada pluma del señor Julio Durán Cerda. Uno de ellos se refiere a los Premios Nacionales de Literatura y consiste en una lista muy bien hecha con datos biográficos, bibliográficos y referencias críticas de cada uno de los escritores agraciados con esta distinción, desde su fundación en 1942 hasta el presente año. Es de consulta fácil, amena y fructífera. El segundo trabajo es una muestra, y muy buena por cierto, de las Cartillas biobibliográficas de Autores Chilenos que el Instituto dará periódicamente a la publicidad "conforme a una misma disposición de materias y a una misma disposición tipográfica. En una primera sección se consignan las obras, por orden cronológico de publicación; la primera edición se presenta en cursiva alta; las reimpressiones o nuevas ediciones en cursiva baja. Una segunda sección está destinada a las referencias bibliográficas acerca del autor; la tercera, a la tabla biográfica y la última a los datos que no se consideren en las secciones precedentes" (sic).

Como puede verse, el método adoptado para confeccionar esas Cartillas es excelente y no admite omisiones de especie alguna. La Cartilla que figura en el Boletín se refiere a la escritora Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura de 1961. Su publicación, en estos momentos, no puede ser más oportuna.

Estamos seguros de que las futuras publicaciones del Instituto de Literatura Chilena serán de tan alta calidad como las de su primer Boletín, el contenido del cual demuestra, en forma brillante, la idoneidad del personal que lo dirige.

11

FERNANDO URIARTE

La Estructura de la Obra Literaria, por Félix Martínez Bonati. Ediciones de la Universidad de Chile, 1960. 171 págs.

El estudio del profesor Félix Martínez sobrepasa con holgura la temática implícita en el título. En el *Prólogo*, y luego en la *Introducción*, se advierte la decisión de plantear los problemas radicales de la investigación literaria, considerando su desarrollo efectivo en diferentes obras fundamentales en las que se ha alcanzado un límite del

saber, consagrado como límite de una tendencia, que debe revisarse otra vez en profundidad. La meta de esta revisión desde las raíces sería una nueva apertura o perspectiva en que se organiza el problema.

La suspensión crítica del saber anterior, acompañada de punzantes preguntas, es hecha con máxima cautela y responsabilidad. El contenido de este cuestionario de carácter aporético franquea a Martínez la posibilidad de una filosofía de la literatura. No ha descuidado, por otra parte, el instrumental de conceptos que, previamente seleccionados y revisados, otorgarán el rigor científico que precisa la nueva construcción teórica.

Es evidente, además, el carácter didáctico de *La Estructura de la Obra Literaria*. La voluntad de enseñar desde los problemas es su virtud universitaria: ordenar el saber con claridad y rigor. La obra no excluye, sin embargo, cierto dogmatismo nada escolástico, que tiene la fuerza constitutiva de las firmes convicciones personales. La organización de un determinado saber como ciencia no está exenta, ni remotamente, de pasión. Félix Martínez piensa y escribe *cum ira et cum studio*.

Muy poco podemos colgar al flanco de esta obra acerada, de durísima lectura, los que no somos parroquianos de la Filosofía del Lenguaje, de la Lingüística o de la Estilística. Hemos seguido al autor lealmente en su discusión, mano a mano con las eminencias mundiales de la disciplina; le hemos visto sostener ante otras obras la altiva seguridad de sus juicios.

A pesar del hermetismo especialista que campea en *La Estructura de la Obra Literaria*, su lectura nos ha hecho pensar en lo que hacemos con mayor frecuencia en nuestra vida: leer. No habíamos reparado en la nada desdeñable cantidad de supuestos que supone la lectura cuando realizamos en nuestra conciencia la obra literaria, enajenándola, inflando de realidades el lenguaje, "materia substancial" del objeto poético.

Para *ver* en las raíces, en los principios, Martínez se coloca en actitud filosófica. De inmediato tenemos la pregunta ¿qué es literatura?, y a continuación los sentidos de ella: "1. ¿Qué clase de objeto es la literatura? (¿Cuál es —considerado ontológicamente— el género próximo?). 2. ¿Cuál es la materia o substancia de que se compone o constituye este objeto? 3. ¿Cómo se trata este objeto?" (pág. 13).

Estamos ante la pregunta básica ¿qué es algo? que señorea el pensamiento actual, luego de reemplazar a la pregunta de Kant ¿cómo es posible tal cosa? Se trata de interrogar a un nivel más profundo y arriesgado. ¿Qué es concretamente algo?; en el caso de este libro, ¿qué es literatura?

Del ámbito de esta pregunta, tal como la for-

mula el profesor Martínez, quedan excluidas algunas cuestiones. Entre las que enumera el autor anotamos la función vital, el origen del fenómeno literario, los problemas de valor y los criterios estimativos. Todo ello queda fuera de la natural limitación de la pregunta y habría que referirlo a otra esfera, aún más amplia, en que se considera no sólo el objeto literario *en sí*, sino entidades como la vida, la sociedad, los valores. El objeto literario, "la cosa misma literaria como objeto del conocimiento discursivo-intuitivo", es el tema. Pero el tema no es el problema; éste "está en un plano más elemental y previo" (pág. 14).

Indicaciones que como las citadas encabezan el libro, detienen al lector una y otra vez, le obligan a revisar lo sabido o lo creído y le abren un ancho remanso de discusión.

Se intenta una pregunta radical o principalista sobre el objeto literario y, a renglón seguido, se cercenan las fuentes más determinantes que nutren el objeto de la pregunta, que lo sostienen y caracterizan; alguna de las cuales —como el hecho *vida*— es justamente la que podemos calificar de originaria y previa.

Si resolvemos que el objeto literario es, efectivamente, una cosa u objeto *en sí* y prescindimos de sus atributos relacionales, queda franqueado el camino para una investigación de tipo kantiano sobre un objeto dado y abstraído; objeto del que se tiene conocimiento previo, *a priori*, sin concomitancias empíricas. "Es necesario para tener una experiencia poética, saber antes de ella, de algún modo, qué es poesía, y ejercitar este saber en la comprensión del supuesto poema" (pág. 15).

A este saber previo, no empírico, que nada ni nadie garantiza, sigue necesariamente la determinación de nuestro acto de intuición por él; porque este saber "preestructura a la vez, necesariamente, nuestra experiencia del supuesto poema..." Si se resuelve la posesión de un saber anterior a la experiencia se concluirá, en perfecta consecuencia con lo ya establecido, en que ese saber previo que nada garantiza "estructura en su esencia el poema mismo".

Se advierte en lo dicho y citado la decisión de asegurar una realidad —la realidad literatura— con tales atributos, que la reflexión posterior responda, con toda precisión, a los supuestos ya establecidos dogmáticamente. En su introducción a la *Crítica de la Razón Pura*, Kant señalaba la necesidad de que la ciencia emplee estos principios no empíricos porque "abandonando el círculo de la experiencia, pueden estar seguros de no ser contradichos por ella" (1).

La meditación de Félix Martínez problematiza

(1) *Crítica de la Razón Pura*, Losada, S. A., 1938. página 150.

todos los conceptos. Se ha propuesto hacer filosofía apoyado en una teoría del saber literario que "ha de poner orden en las dispersas conquistas de la investigación empírica..."; esas conquistas de la investigación empírica que derivaron obligatoriamente de un saber previo, que como ya dijimos nos parece utópico. Coincide con Zubiri en su concepto de ciencia, como lo contrario a una colección de conocimientos, como *lo que se nutre formalmente de sus principios*. Pero en este caso los principios se establecen marginando la realidad preguntada, lo que hace pensar en un ser que posee todos los atributos indispensables, elaborado convenientemente; apto para pensarlo luego con todo el rigor que la ciencia exige.

A propósito recordamos una nota que Ortega colgó en su *Leibniz* en el capítulo titulado *Aristóteles y la Deducción Trascendental de los Principios*, pág. 144: "El Ser consiste en lo que los principios dicen y de ellos se deriva. Pero si resulta que esos primeros principios son verdad, porque el Pensar necesita de ellos para urdir su ciencia, quiere decirse que con los primeros principios no recibimos el Ser tal cual es por sí, sino que lo fabricamos ad usum Delphinis, a la medida de nuestro conocer. Lo que es puro kantismo".

Esta discrepancia en la admisión de supuestos básicos a que nos lleva lo propuesto en *La Estructura de la Obra Literaria*, nos muestra la extraordinaria claridad del planteamiento del profesor Martínez, el nivel conceptual, infrecuente en nuestro medio, a que ha llegado en el desarrollo de su teoría. Cuando se concibe la filosofía como ciencia estricta —es el caso de Félix Martínez— y se desdeña el "discurso asistemático", tenga o no pretensión filosófica, es obligatorio sanear cuidadosamente los arranques, los principios, para que la filosofía sea todo lo ciencia que se quiera y logre sus generalizaciones inductivas, sin peligro de convertirse en un juego agudo de la inteligencia, que prescinde de la realidad y la sustituye por un coherente repertorio de proposiciones brillantes y sistemáticas, pero irreales.

La literatura es acción humana que surge en granada en un cambiante acontecer, de rumbo imprevisible. Literatura hace el hombre y el hombre se hace todos los días.

A objeciones como ésta el libro responde con aplomo: "... toda obra filosófica genuina es idealmente una introducción a la disciplina, un comienzo sin presupuestos especializados, y debe ser abordada buscándose, contra toda apariencia, en ella misma sus propios fundamentos teóricos" (página 21). Es posible. En todo caso, *La Estructura de la Obra Literaria* honra los estudios humanísticos chilenos. Es difícil encontrar en el último decenio en nuestro país obras universitarias de su rango. Félix Martínez trabaja con originalidad en

la tradición científica porque ha sabido integrarse a ella reconociendo que "podemos ver magnamente con la mirada de otros" sin que la intuición personal deje, por ello, de ser intensa y originaria.

12

JUAN VILLEGAS M.

Veinte años de poesía española (1939-1959), por José María Castellet. Madrid, Editorial Seix Barral, 1960. 420 págs. (Biblioteca Breve)

En los últimos años se han publicado numerosos libros tendientes a presentar o analizar a la poesía española contemporánea. A pesar de su número, es difícil encontrar estudios que nos la muestren de acuerdo con ciertas coordenadas más o menos claras. Se limitan, en general, a la exégesis de autores individuales sin ubicarlos en ciertas líneas que nos orienten acerca de cuáles son las corrientes predominantes o las causas aglutinantes de algunos de esos poetas. Se habla de una "generación del 27", de una "generación del 36", o una de "postguerra", pero no se nos precisa los rasgos causales de tales agrupaciones. Ejemplos de este tipo los acertados libros de José Luis Cano (*Poesía española siglo XX*), Luis Cernuda (*Estudios sobre poesía española contemporánea*) y Luis Felipe Vivanco (*Poesía española contemporánea*).

El libro del señor Castellet rehusa este método y pretende discernir ciertas notas estructurantes de las corrientes que predominan en la poesía española del siglo XX.

Constituyen el volumen una *Justificación* (págs. 13-24), una *Introducción* (págs. 27-105) y una *Antología* (págs. 109-394).

Nuestra reseña se orienta al examen del método y las ideas propuestas en la *Introducción*.

Nos explica el método usado y la orientación que dió a su Antología. Afirma que una vez que desechó "la antología de tipo comparativo y de carácter "no histórico", montada exclusivamente alrededor de los nombres de los poetas seleccionados, se me impuso, apoyado por las exigencias del tema, un tipo de antología que intentara mostrar esencialmente el carácter dinámico de la evolución de la poesía durante un período muy preciso de tiempo y dentro de una determinada sociedad" (págs. 17-18).

La extensa *Introducción* tiende a revelar las características de esa evolución y explicar algunas de las razones históricas que la motivaron. El autor insiste en que es imposible comprender verdaderamente los cambios culturales si no se establecen las conexiones con las transformaciones sociales. No

